

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

GENERACIONES AUGUSTOS Y CÉSARES

COMO la teoría de las generaciones es intrínsecamente metódica, esto quiere decir que se modifica y enriquece al contacto con la realidad histórico-social. Es siempre la realidad la que decide, es ella la que impone las rectificaciones si son necesarias, la que reclama los complementos de una teoría siempre en desarrollo, que no es sino un instrumento para aprehender y dominar conceptualmente esa misma realidad. Hace muchos años introduje el concepto —adecuadamente metafórico— de «constelaciones» para indicar aquellas agrupaciones de hombres que aparecen como una unidad generacional; aunque puedan pertenecer realmente a dos, del mismo modo que las estrellas de una constelación están próximas en el plano visual. Cuando alguien es muy precoz aparece incorporado a la generación anterior y su «edad social» parece mayor que la real; por el contrario, cuando alguien es tardío —al menos en su manifestación pública—, resulta socialmente más joven y se incorpora a la generación siguientes, formando «constelación» con ella, aunque en el fondo pertenezca radicalmente a la que le corresponde. (Este es, creo yo, el caso de Pedro Salinas y Jorge Guillén, nacidos en 1891 y enero de 1893, respectivamente, dentro de los límites cronológicos de la generación de 1886, pero cuya actividad literaria y publicaciones coinciden con las de la generación de 1901. El primer libro de Salinas se publica en 1923, el primero de Guillén en 1928, mientras que el primero de Juan Ramón Jiménez —nacido en 1881— es en 1900.)

Ahora, en el siglo XX —y no antes—, la prolongación de la vida media y, lo que es más, la de la vida activa, la longevidad característica de nuestra época, introduce modificaciones muy graves. Hasta el siglo pasado, los hombres solían morir hacia los sesenta años; en cada momento, quedaban pocos hombres mayores de esa edad, y la mayoría de los supervivientes estaban disminuidos por la vejez y los alifafes. El hecho de que siempre haya habido ancianos activos, lúcidos, enérgicos, en pleno vigor, no alteraba la situación: eran individuos aislados, «supervivientes» de una generación muy diezmada por la muerte o la invalidez, que «como tal» ya no estaba en activo. Cada generación era, pues, relevada al cumplir los sesenta años, cuando dejaba de ejercer el «poder social» y pasaba a la reserva.

Este esquema ha dejado de ser válido. Los hombres mayores de sesenta años y plenamente activos son hoy legión. Si se repasan los nombres significativos, los titulares del poder en todas sus formas —político, económico, técnico, administrativo, intelectual, artístico— se verá que una enorme porción corres-

ponde a los que tienen más —a veces muchos más— de sesenta años. ¿Qué ocurre con el esquema de las generaciones?

Teóricamente, hay dos posibilidades, que se me presentaron así desde la primera edición de mi libro «El método histórico de las generaciones» (1940). En forma muy resumida, señalaba la convivencia en cualquier momento de cuatro generaciones (contemporáneas, pero naturalmente no coetáneas): a) los «supervivientes» de la época anterior; b) los que están en el poder; c) la «oposición», la generación con eficacia histórica plena, pero que no se ha impuesto todavía y lucha con la anterior y d) la juventud que inicia una nueva vocación.

Pues bien, al prolongarse la vida y la vigencia histórica, pueden en principio suceder dos cosas. Que el «ritmo» de las generaciones se altere, que el intervalo generacional y la vigencia de cada generación, en lugar de ser 15 años (como «número redondo»), sea algo más, 18, acaso 20; o bien que, manteniéndose el mismo ritmo, haya en escena una generación más.

En una nota de esa edición primera (pág. 182) escribía yo: «La mayor frecuencia de la longevidad y, sobre todo, el aumento de la duración de la vida media ha tenido en nuestro siglo una doble consecuencia: primero, que en una fecha sobreviven en número apreciable y en buena forma representantes de la generación anterior a la que llamo a); segundo —y esto es más importante—, que los de ésta sean más numerosos que en otros tiempos, y por tanto con mayor eficacia. Tal vez este hecho, si se confirma o se acentúa, obligue a tener presentes cinco generaciones en vez de cuatro y altere algo la función histórico-social de la segunda».

Al cabo de un cuarto de siglo, no cabe duda: la generación que en otros tiempos era «saliente» no «sale» al cumplir los sesenta años, sino que se queda en escena. ¿Qué ocurre con las demás? Sobre todo, ¿qué le pasa a la que llega —como tal generación— a los cuarenta y cinco años? ¿Tiene realmente acceso al poder social? Esta es la cuestión.

Recurramos de nuevo a una metáfora, esta vez histórica. Es sabido que el año 293 de nuestra era, Diocleciano decidió robustecer el Imperio —dividido en las dos grandes secciones de Oriente y Occidente—, estableciendo, junto al emperador

principal y propiamente dicho, el Augusto, un César asociado al Imperio y probable sucesor. De este modo, la función imperial se articulaba en dos: el Augusto ejercía la potestad suprema, asociaba al Imperio a un César, que en su día se convertiría en Augusto y asociaría a un nuevo César.

Este esquema puede aplicarse a la escala de las generaciones. La que está «en el poder» es primariamente la que debería haber «salido» de escena: la que está entre los 60 y los 75 años; ejerce el poder social, «asociada» a ella, la que en otros tiempos hubiera sido la única titular: la comprendida entre los 45 y los 60. A la «monarquía» de una sola generación sucede la «diarquía». Cuando Jaime Perriau habla de «generación reinante», se impone distinguir: como Augusto o como César. Habría, pues, generaciones-Augustos y generaciones-Césares; o, si se prefiere, «generación augusta» y «generación cesárea».

Naturalmente, las funciones respectivas de una y otra no se pueden establecer a priori; será su funcionamiento efectivo lo que las determine. Todavía es pronto para que sepamos a qué atenernos. Ya se está perfilando, sin duda, un esquema de relación, pero la cosa no está decidida, es una cuestión abierta. Y tampoco está dicho que esa relación sea unívoca y siempre la misma. Por ejemplo, si las dos generaciones «asociadas» son «cumulativas», la relación será muy distinta de la que se establece entre una generación augusta y la cesárea, si ésta es «polémica».

Intentemos un poco de concreción. Si tomamos la escala de generaciones que propongo para España —dejando abierta la posible extensión a otros países—, nos encontramos lo siguiente:

Generación «superviviente»	1886 (nacidos entre 1879 y 1893)
Generación «augusta»	1901 (nacidos entre 1894 y 1908)
Generación «cesárea»	1916 (nacidos entre 1909 y 1923)
Generación «ascendente»	1931 (nacidos entre 1924 y 1938)
Generación «juvenil»	1946 (nacidos entre 1939 y 1953)

Pero, si este esquema es válido, dentro de dos años, en 1976, se cumplirá el «relevo» de las generaciones. Entonces se correrán todas un puesto: entre 1976 y 1991, será «augusta» la de 1916, «cesárea» la de 1931, «ascendente» la de 1946, «juvenil» la de 1961. La de 1901 será «superviviente», cerro testigo del pasado inmediato, reserva histórica ya fuera de la arena, y la de 1886 acabará de traspasar más allá del horizonte histórico.

Julión MARIAS

LAS QUEMAS DE LIBROS ERRORES DE CÁLCULO

YO creo que se equivocan de medio a medio. Me refiero a los quemalibros. En realidad, se trata de un «quid pro quo» ferozmente grotesco. Porque su «enemigo», ese enemigo contra el que pretenden atentar, ya no es el paquete de letra impresa, por muy «subversivo» que parezca ser su contenido. Antes, sí: el libro resultaba «peligroso». Durante siglos, las «ortodoxias», institucionalizadas o guerrilleras, obraban en términos de lógica combativa —incluso cabría decir de «logística»— cuando encendían una hoguera y echaban a las llamas los papeles del «hereje». Era tiempos en que las «ideas» tenían una eficacia poderosa, y la escritura, vehículo casi único de su difusión, o al menos el más incisivo se brindaba como presa fácil y simbólica de cualquier represión o represalia. La gente, desde que se inventó el libro —es una manera de hablar—, tiende a mirarlo con ojos supersticiosos: no olvidemos, en efecto, que no hay ni un solo credo sin un Libro con mayúscula, el Libro por antonomasia, depósito de la Verdad absoluta, y que, a la vez, el Saber laico, y la Ley laica, también encarnan en libros. Todavía hoy, pese a la trivialización del objeto en sí, y pese a McLuhan y sus pronósticos, continúa vigente ese ancestral «miedo» al libro, mezcla de respeto y de desconfianza, ambiguo e inestable. Y sin embargo...

Espero que nadie —nadie que me conozca, al menos— tomará mis palabras como una boba participación en el timado «show» del «ocaso de las ideologías». La batalla de las «ideas» no ha caducado, ni caducará probablemente nunca. Pero no es esto lo que ahora intento poner sobre el tapete. Hasta cierto punto, desde luego, los pirómanos ultras saben lo que se hacen, y escogen el combustible. Con todo, las cosas han cambiado. Y las «cosas» en cuestión, aun procedentes de los libros, rebasan la entidad física del libro. Más aún: los libros hoy día

más subversivos, en la óptica de la furia extremodechista, no deberían de ser los venerables textos de Marx y Engels, ni las soflamas sexoidales de Wilhem Reich, ni la literatura menor precisamente «ideológica». Por el contrario: habrían de ser los libros de ciencia, los críticos mamotretos de la física nuclear, de la biología, de las matemáticas, gracias a este material «desideologizado». Hitler hizo quemar los libros de Einstein porque Einstein era judío: estupidez anacrónica. Estaba obligado a quemarlos aunque Einstein hubiese sido el ario más completo: de las fórmulas del citado violinista, y de las que otros colegas suyos se ingeniaran, deriva lo que deriva.

Y es lo que vemos a nuestro alrededor: teléfonos, aspirinas, aviones, bombas atómicas y bombas de cobalto, radares, televisores, píldoras anticonceptivas, automóviles de precios asequibles, discos de Mozart o de Emerson, Lake and Palmer, bikinis, películas de Passolini, seguros de enfermedad y vacaciones pagadas, latas de conserva y calditos en sobre, paracaídas, muebles voluptuosos —por primera vez en la historia de la humanidad—, y todo lo demás. La lista sería inacabable. Sería idiota, además, calificarla con cualquier reproche: «consumista», por ejemplo. O «antiideológica». O lo que sea. No importa: el hecho es que «ahí estamos», y que de «ahí» no podemos salir. Estas premisas «reales», y no «ideológicas» —y con independencia de que puedan ser manejadas ideológicamente—, son las que cuentan. Me atrevo a decir que cuentan más, para no apurar la afirmación. Pruebas al canto: una densa tradición «corrosiva», encauzada en libros, desde los goliardos o Boccaccio, pasando por el Aretino, por Rabelais y Villon, por la fauna entera de los «libertins», por Sade y Voltaire, por la purria infame de la pornografía subalterna, apenas había hecho mella en la «moral» del Sexto Man-

damiento, mientras que treinta o cuarenta años de electrodomésticos y fármacos de justificación venérea, y cochecitos populares y teléfonos, han bastado para arruinarla...

La tea numantina de los grupúsculos neofascistas no pasa de ser una pataleta: un gesto romántico. Su fuego, y cualquier maniobra legislativa que pudiesen provocar, será, a la larga, inútil. Se dirige a vetar la expansión de unos determinados libros, y esos libros sólo son una parcela, y no la decisiva, de los estímulos de la «crisis» que dichos individuos acusan. Si me fuese lícito insinuar hipótesis históricamente aberrantes, me divertiría exponer una: suprimiendo a Marx, a Lenin, y a su descendencia, sin descartar a Mao, la incomodidad pequeñoburguesa de los incendiarios sería la misma. Los fatales mecanismos de un «sistema de producción» que se basa en la «ciencia», y al paio están los hombres de negocio, no pueden no destruir las presuntas afabidades de la utopía mesocrática. Que utopía es. Ese llo conceptual de las facciones del terrorismo blanco descansa sobre dos hostilidades: la plutocracia y el proletariado, en la medida en que la una y el otro se ponen en marcha. El asunto tiene raíces más hondas. Que la «izquierda» teórica olvida y que la «derecha» activista no entiende. Y son lo que antes apunté y más: la proliferación de chismes y de oportunidades, originadas en la «ciencia», aplicadas en la «técnica», y aprovechadas en la «industria» y el «comercio». Prescindiendo de detalles, en cuanto a lo que la evidencia se concreta en el área socialista o en el área neocapitalista, y en las zonas del capitalismo ex colonial. En todas ellas, la consecuencia es que se desencadena el desconcierto «moral». Y el político, a renglón seguido. El peso «sociológico» de una grajea de botica es incalculable.

Cada vez que leo en la prensa local la noticia de una humareda alimentada por libros, o un ed-

tor amigo me explica sus dificultades de censura —las mías propias ya me las sé—, siento la tentación de echarme a reír. Es una risa triste, absurda, melancólica, si cedo a ella. La sensación es que el libro —«en sí»— se convierte en cabeza de turco de un sacrificio cuya justificación sólo le atañe tangencialmente. Por muchos libros que reduzcan a cenizas, los trogloditas no alterarán la impávida avalancha de paradojas y contradicciones «prácticas» que el sistema lleva consigo. A este nivel, sólo recuerdo un juicio sensato. Lo profirió don Ernesto Giménez Caballero, en las mismas narices de don Laureano López Rodó, hace unos años: «El desarrollo es pecado». El señor Giménez ponía el dedo en la llaga: tanto o más que Erasmo o Lutero, que Rousseau o Diderot, que Kropotkin o Stalin, el «pecado» era el «desarrollo», o sea la nevera eléctrica, el transistor, los anticonceptivos, los jugos de fruta embotellados, el seiscientos, las cassettes, las investigaciones anticancerosas, las fibras sintéticas, y ¡dígamoslo todo!, la mismísima luz eléctrica. Y eso es irreversible. Por más librerías que aniquillen, lo otro sigue su camino. Y sin contar con que, al fin y al cabo, el «cóctel Molotov», a pesar de su «sinistro» apellido, es utilizado por la plantilla «ultra», con los beneficios de la Química, aunque sólo sea una «química recreativa»... Y lo peor de la anécdota es que acaban quemando libros de Marcuse o de Illich, y demás familia, que coinciden con ellos en el temor y en la perplejidad... Se equivocan, repito. Su «enemigo» no es la librería. Es la vida, y el negocio, y la alegría, embrollados.

Joan FUSTER

Perpiñá
Rda. Universidad, 21 y Rda. San Pablo, 4-6 y 8
TELS. 242.17.35-222.18.95

AIRE acondicionado
por sólo **13.900 ptas.**

500 ptas. al mes
1.ª marcas
WESTINGHOUSE - CROLLS-AIR WELL etc.
Más barato NO lo encontrará.
Facilidades de pago.

VACACIONES
Sea previsor...
No olvide hacer las reservas para sus vacaciones

VIAJES CONDE
VERGARA, 3 (junto Balmes)
Sucursal: P.º Colón, 18 (AVGAT 15)

TELEVISORES
desde 500 ptas. mes
PHILIPS-INTER-WERNER etc.
y abonamos por el suyo hasta...

10.000 ptas.
SATEL RONDA SAN PABLO, 42-44
Tel. 323 60 60-323 55 55
visítanos a domicilio

Perpiñá
Rda. Universidad, 21 y Rda. San Pablo, 4-6 y 8
TELS. 242.17.35-222.18.95

FRIGORIFICOS
por sólo **5.555 ptas.**

Dtos. garantizados desde un 25% a un 45%
300 ptas. al mes

1.ª marcas - EDESA - COREERO - KELVINATOR
A.E.G. - IGNIS - ZANUSSI - ASPES - INDESIT
FAGOR - PHILIPS - SUPER-SER etc.
Más barato NO lo encontrará.
Facilidades de pago.